

Es inconcuso que el análisis de la Cultura más reciente en la Comunidad Autónoma de Cantabria pasa por su capital y, de forma específica, por lo que en los últimos meses ha supuesto de cambio, de estímulo (intentaremos establecer en las líneas siguientes hasta qué punto ha habido cambios y estímulos reales y a partir de qué) la contienda con el resto de ciudades aspirantes a la Capitalidad Cultural Europea en 2016. Hace exactamente un año desembarcó en la ciudad un equipo encabezado por Rafael Doctor (exdirector del Musac de León) y cuatro personas a su cargo, procedentes en líneas generales del mismo entorno. Su función consistía, esencialmente, en hacer una cata del estado cultural de la ciudad a su llegada, subrayar y fomentar los elementos preexistentes válidos en relación con la candidatura, promover nuevas iniciativas para fortalecer el tejido cultural de Santander y, en suma, elaborar un proyecto conducente a la obtención de la ansiada denominación (o al menos a la superación del primer "corte", fechado en el 30 de septiembre de 2010).

El balance, un año más tarde, no es precisamente halagüeño. El 30 de septiembre de 2010 un jurado compuesto por trece miembros notificó a la representación de Santander su eliminación del proceso de concurso. El proyecto de la ciudad, que se tituló "El sueño de Europa" no superó siquiera el primer tramo selectivo. ¿Qué es lo que ocurrió?

Deteniéndonos a realizar un análisis pormenorizado de la actividad cultural en el periodo inmediatamente precedente, puede concluirse en general que Santander tenía "de suyo" carencias graves en la materia. Obviamente, no era ni es la única ciudad en semejante estado en España. Pero lo cierto es que, si bien Santander es una urbe con un tamaño no desdeñable (rondando los 200.000 habitantes), se detectan una serie de deficiencias impropias de ese rango, muchas de ellas localizadas en algunas de las instituciones públicas más representativas de la ciudad; repasemos brevemente algunas de ellas.

El Museo de Bellas Artes de Santander cuenta con una colección pictórica variopinta, dispersa y desestructura-

da, sin un criterio selectivo riguroso, a lo que se suma un horario de atención al público que ignora desafiantemente al turista (en una localidad que alardea de que el turismo es su principal fuente de ingresos) o incluso al visitante lugareño que intenta rentabilizar culturalmente sus posibilidades de ocio (se cierra los sábados tarde, los domingos y los festivos, y en las mañanas laborables la apertura es de tan sólo tres horas, de 10 a 13). El extinto Museo de Prehistoria, situado antaño en los exigüos bajos de la ya derruida Diputación de Santander, no ha logrado por el momento hallar nueva ubicación, con lo que sus fondos (a nadie se le escapa que verdaderamente relevantes para la disciplina prehistórica en España), se encuentran parcialmente alojados en cajas, aguardando mejor suerte y una mente preclara que les devuelva su auténtica importancia, parcialmente expuestos en dos acondicionamientos provisionales a la espera de la construcción de un contenedor definitivo.

Si así estamos en materia museística, lo musical deja también que desear. Del Festival Internacional de Santander, supuesto bastión irreductible de la cultura de Cantabria y faro estival de visitantes de los cinco continentes, con un recorrido de casi sesenta años de existencia y una nómina histórica de artistas en verdad de primer orden (en especial durante su localización en su primera sede, la Plaza Porticada), no cabe decir hoy sino que lleva arrastrándose desde hace al menos seis o siete ediciones hacia una muerte lenta y segura, con una caída alarmante de la asistencia a los espectáculos y con una programación deslavazada y en ocasiones vergonzante, encabezada por un director que va ya para treinta y dos años al frente de la cosa. Dos conservatorios existen en la ciudad, con los consiguientes solapamientos y en ocasiones incongruencias académicas, y sin embargo en ninguno de ellos puede cursarse el ciclo superior.

De la magullada red de bibliotecas santanderinas no puede esbozarse sino el mismo desolador panorama que reina en la mayoría de ciudades españolas al respecto, dado que la literatura es una de las hermanas más desdénadas del ámbito cultural: instalaciones obsoletas, horarios diseñados para el despiste (como en el caso de la recientemente renovada y absolutamente desaprovechada Biblioteca Central de Cantabria), fondos que de la renovación conocen poco más que el nombre. La Biblioteca de Menéndez Pelayo, una de las más importantes del

país en calidad y cantidad de fondos, permanece sin director desde hace cerca de diez años. En materia de publicaciones, con dinero público únicamente se financia la *Revista de Cultura QVORVM* y una colección de libros impulsada desde la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Santander, que edita títulos conforme a las directrices de un Consejo de Redacción. La creación está bien atendida en lo que a premios se refiere en los géneros poético, teatral y novelístico, lo mismo en el Ayuntamiento que en la Consejería de Cultura.

En lo que se refiere a la materialización de otras artes (teatro, danza, también conciertos), existe un auditorio con dos salas, el Palacio de Festivales, que canaliza este tipo de iniciativas con fortuna desigual, en función de las distintas programaciones anuales, caracterizadas esencialmente por intentar dar gusto a un amplio espectro de asistentes. El cine, por su parte, encuentra acomodo en la Filmoteca de Cantabria, sala que ocasionalmente admite otros usos (teatro, conciertos), y que en un principio emprendió una programación de tal (de filmoteca) con público muy selecto, para ir abandonándose poco a poco en el éxito seguro de "reestrenos" que proyectan cintas de forma casi simultáneos a su estreno en los cines comerciales.

Por otra parte, en los últimos años se ha invertido en la construcción de una serie de "contenedores" públicos (Palacio de Exposiciones, Palacio de Deportes) o en la recuperación de otros (Faro de Cabo Mayor) que, siendo tal vez necesarios, no están siendo rentabilizados de forma óptima, en tanto que a otros lugares ya existentes (como el Centro Cultural Doctor Madrazo) se les niega una renovación realmente urgente. En todo caso, la renovación arquitectónica de la ciudad no ha llegado aún por estos cauces, sino que permanece todavía sobre el papel, en los proyectos de Rafael Moneo para el edificio del Gobierno de Cantabria y de Renzo Piano para el centro cultural ideado por Marcelino Botín para ser ubicado en la bahía de Santander (este último con un peso en la cultura de la ciudad que se promete trascendental pero que aún está por determinar).

Si la visión de la cultura institucional pública (autonómica, municipal) no parece muy estimulante, a nivel privado o independiente el panorama se torna más positivo. La programación cultural de la Fundación Botín, espe-

cialmente en lo artístico, en menor medida en lo musical, es espléndida, con una o dos exposiciones anuales en verdad memorables. La Obra Cultural de Caja Cantabria mantiene una programación muy diversificada, con contenidos por lo habitual frescos y arriesgados, y suele albergar además la Muestra de Teatro Contemporáneo, excitante propuesta otoñal del Aula de Teatro de la Universidad de Cantabria. La Autoridad Portuaria de Santander, con su propio presupuesto, suele apostar también por artes y músicas no convencionales. Por su parte, las diferentes Aulas de Extensión de la Universidad de Cantabria (Letras, Música, Teatro, Cine, Ciencia, Imagen y Sonido, Teología y Patrimonio) realizan una programación continuada durante todo el curso académico y cuentan con una asistencia notable que hace albergar expectativas positivas sobre el clima cultural de la ciudad.

Por lo demás, es preciso señalar una tendencia muy acusada, más cada vez en los últimos años: la de la cultura alternativa. Una cultura alternativa que comenzó a tomar cuerpo en festivales de arte, literatura y música: Artesles, Tanned-Tin. Estas dos propuestas suelen citarse como el ejemplo más palpable de la desidia política, por cuanto, dependientes en gran parte de sostén con fondos públicos, fueron eliminadas de un plumazo a pesar de su enorme éxito de público. A estas defenestraciones, muy criticadas en la prensa pero sin embargo inamovibles, sucedieron otros movimientos, muy cercanos, de índole cívica. En este sentido, resulta evidente que hay una sed de cultura que, con variantes en su canalización, se manifiesta por doquier en movimientos de raíz topológica (barrios) que van creciendo poco a poco (SolCultural, El Río Suená), o de mero entusiasmo participativo (Desvelarte). Sed de cultura a pie de calle que reclama espacios nuevos, perspectivas diferentes. En la misma línea, debe citarse la eclosión editorial que se está viviendo en la ciudad. Pequeñas editoriales privadas, pequeñas, que publiquen a un ritmo inverosímil libros poco o nada comerciales, han aparecido como una floración rabiosa: Mundanálrido, Valnera, Kattigara, La Mirada Creadora, El Desvelo... La literatura en Cantabria está muy viva y quien no lo sepa lo va a saber muy pronto.

Esto es lo que encontró el equipo de Doctor en su desembarco santanderino y... poco fue lo que hizo por reparar las debilidades y potenciar las fortalezas. El equipo de la Fundación 2016 incidió sobre todo en el aspecto

más lúdico e informal de la participación ciudadana, aplicando moldes que ya había aplicado en otros espacios (por ejemplo, la Noche en Blanco de Madrid, idea que había sido a su vez importada de Francia) dejando a un lado el análisis del tejido (en ocasiones destejido) cultural de la ciudad. La labor que podría haber realizado un Observatorio de la Cultura que no existía antes ni llegó a existir después, nunca se realizó ni hubo interés en realizarlo, y el proyecto se asentó sobre cuatro pilares ajenos por completo a la ciudad y que, al menos al jurodo calificador, no se le antojaron suficientemente sólidos. El resultado: el sueño europeo de Santander quedó trunco y la cultura de la ciudad en *stand by*. Ahora hay que sobreponerse y desbrozar un camino complejo en el que hay mucho por hacer. Tanto o más que en 2009.

El extenso e intenso concepto de cultura se está reconstruyendo, y eso a quienes nos hallamos de uno u otro modo interesados en la cuestión no se nos puede pasar por alto. Ello significa que quizá debemos ponernos las pilas en ciertos asuntos, desarraigarnos de otros y, sobre todo, tomar conciencia de nuestra levedad como agentes y de la importancia del cambio en las demandas culturales no ya de un público de masas (término aterrador para una acepción indeseable), sino de un público diverso que cada vez adquiere una configuración menos previsible, menos anclada en paradigmas ya gastados. Todo un reto. Para ese público, también, debemos intentar rescatar otros conceptos, otros métodos, tender un puente entre los actuales 'apocalípticos e integrados' (en extinción en realidad unos y otros en su modelo original) apelando a fórmulas que den cumplimiento al adagio *new bottle, old wine*; y hasta a su inverso, según los casos. Se trata tal vez de reinventar lo ya inventado, de reciclar viejos materiales para convertirlos en un producto nuevo que ofrezca también nuevas recompensas. Ahí es nada.

Ana Rodríguez de la Robla

Escritora

Directora del Aula de Letras de la Universidad de Cantabria

Directora de la Revista de Cultura QVORVM